

luz, sino que también ilumina zonas de la personalidad apasionada de Juan de Luigi. Clasicismo y modernidad se dan la mano para bien de su espíritu siempre ávido de belleza y verdad.—L. D. A.



“SENECIO”, de *Matilde Puig*. Santiago de Chile

No es pródiga en su contacto con el público la escritora Matilde Puig, aunque su obra se va construyendo con seguro pulso, con avizora penetración. El mundo que nace de su pluma carece de las referencias inmediatas de un localismo contumaz; más bien se funda en situaciones imprevistas, en auscultaciones de zonas vedadas, en incursiones por un humor diferente en nuestra literatura. En *Senecio*, su único libro, nos ponemos en contacto con un mundo cuyos mecanismos la escritora mueve desde la sombra, creando lo imposible, definiendo el “Contacto con la angustia”, uno de sus primeros capítulos en la obra que ahora comentamos. Sus personajes se mueven en un universo extraño, como dominados por un destino morboso, entre una penumbra consciente y un desconcierto kafkiano. Universo por donde los objetos adquieren una nitidez, una precisión macroscópica y en cuya geografía los seres mueven sus organismos como descubriendo el contorno por vez primera. Por las páginas de su obra corre también un humor de factura distorsionada, un humor implacable, guignolesco.

Matilde Puig escribe con recursos precisos, con un lenguaje eficaz; describe las situaciones con un conocimiento acabado de las posibilidades en que hace actuar a sus personajes. Desde las primeras palabras de su obra nos encontramos con una escritora que busca crear sorpresas, pues sabe esconder los resortes de su juego, el mecanismo de sus acciones. Vale la pena citar sus palabras iniciales: “Aquel hombre se había cogido el alma en la juntura de una puerta. Sucedió al tratar de abrirla para asomarse a un panorama al que daba acceso, y que aunque no conocía, lo atraía con insistencia”.



He ahí los primeros compases del "Contacto con la angustia". Pero el mundo de ficciones extrañas de esta escritora chilena no tiene soluciones. El absurdo preside el aire que entra y sale por estas páginas, un aire enrarecido por el sueño: "Comenzó por mirar lo que había frente a él: una atmósfera de fiebre invadía el horizonte, en el que formas vagas, frías y espectrales como neblinas se levantaban de una tierra calcinada y se desvanecían sucesivamente".

Su cuento "Burrada" aligera ese mundo en cerrazón de su primer capítulo; en él crea el mágico y candoroso universo que recuerda al Aduanero Rousseau; una fina ironía dibuja esa pequeña estampa de poesía y gracia decadente y mueve los hilos de ese como teatrillo provinciano.

Es en el cuento "El lobanillo" donde la escritora confirma la facundia de su talento humorístico; lo caricaturesco de su arte logra su cometido por la preeminencia que adquiere el objeto sobre el sujeto. El drama chaplinesco se funda en la visión macroscópica que tiene el protagonista de su nariz crucificada por el lobanillo. Recuérdese las escenas de las alucinaciones en "La quimera del oro" y tendremos una explicación de este mecanismo del humor de Matilde Puig. Lobanillo y hombre transfigurado en gallo se dan la mano en una asociación que deseamos sea lo menos antojadiza.

En el cuento "El escritor", el sarcasmo alcanza un grado cruel; la crítica tan directa a la confección literaria constituye el motivo más certero de esta parte de su obra *Senecio*.

Matilde Puig tiene dotes magníficas de imaginativa audaz. En nuestra literatura femenina, su nombre, que ha permanecido un tanto marginado de nuestra vida literaria, vale decir, de las posibilidades de difusión de su obra, debe reclamar el lugar que le corresponde entre nuestras escritoras de talento. Culta, abierta siempre hacia todos los ámbitos del espíritu, su personalidad se ha enriquecido al contacto de la vida artística de Santiago. Aunque se inició como escultora, una vocación irrefrenable hacia las letras definió su carrera. Junto con su esposo, el pintor Raúl Santelices, viajó hace algunos años a Brasil, donde tuvo la oportunidad de difundir algunos



aspectos de nuestra cultura. En la actualidad desempeña un puesto en la biblioteca de la Escuela de Bellas Artes. Desde el segundo piso de esa escuela universitaria, con prodigalidad ejemplar para sus compañeros de generación, pintoras y pintores de su tiempo, Matilde Puig se entrega al amoroso ejercicio de custodia de las ediciones lujosas de pintura. Pero también y silenciosamente Matilde Puig está labrando en su gabinete de sueño, en su fantasía. Escribe ahora una novela que esperamos dé pronto a la publicidad, pues sabemos que no nos ha de defraudar. Al conjuro de su talento, de su intelectualidad refinada, nos imaginamos que logrará animar las estatuas de yeso de la Escuela de Bellas Artes. Como seres salvados de lo inerte, los personajes de su obra próxima portarán una humanidad menos absurda, tal vez más inmediata, más verdadera.—*Luis Droguett Alfaro.*



“EL ANZUELO DE DIOS”, de *Hugo Lindo*. Zig-Zag. Santiago de Chile, 1956

Cuando cogemos un libro y nos sumergimos en sus páginas, como un buzo en las profundidades del océano, para recoger impresiones inéditas y deleitarnos o emocionarnos con la lectura, con la intención de penetrar en el alma del autor, que no otra cosa es esa íntima y silenciosa transfusión de ideas y pensamientos entre lector y escritor, lo hacemos con un máximo de comprensión, interés y respeto por la obra ajena.

En el caso de *El anzuelo de Dios*, firmado por el escritor salvadoreño Hugo Lindo, residente en Chile desde hace tiempo como representante de su patria, desde la primera página tenemos la certidumbre que estaremos a salvo de sorpresas desagradables, porque la novela está precedida de un magnífico prólogo del conocido y prestigioso crítico chileno Ricardo Latcham.